

PREMIO DE RELATOS CORTOS
LOS MONEGROS
2012



Edita: Comarca de Los Monegros
Avda. Fraga, s/n. 22200 Sariñena
E-mail: comarca@monegros.net
Depósito legal: HU-215/2013
ISBN: 978-84-616-6296-8

ÍNDICE

PRESENTACIÓN	5
1.º PREMIO <i>Horacio Convertini</i>	
“El misterio de los mutilados”	7
2.º PREMIO <i>Manuel Crespo</i>	
“Febrero casi marzo”	27
MEJOR RELATO MONEGRINO <i>Fernando Claudín</i>	
“El hechizo de Los Monegros”	51

PRESENTACIÓN

Cada año una voz rechita en esta tierra y se difunde a los cuatro vientos de Internet.

Cuando vuelve a nosotros de su odisea planetaria llega preñadita de historias, sentimientos, deseos, drama, recuerdos... replegados en Europa, en América, y sobre todo en la compleja orografía hispánica.

Cae en nuestras manos cristalizada en centenares de relatos, 585 exactamente en la edición de la cual este libro, fruto madurado en el verano y entregado ya en otoño, contiene los que fueron premiados en 2012.

Ahora, paradoja, percibes esa voz con tus ojos, solo tienes que pasar a las páginas siguientes y sentirla.

Gonzalo Gavín González

Consejero Comarcal de Educación y Cultura

PRIMER PREMIO

El misterio de los mutilados

Horacio Convertini



Horacio Convertini

Horacio Convertini nació en el barrio de Nueva Pompeya (Buenos Aires, Argentina), en 1961. Es periodista y escritor. Publicó el libro de relatos *Los que están afuera* (premiado por el Fondo Nacional de las Artes), y las novelas *El refuerzo* (ganadora del accésit del XXXIII Premio Gabriel Sijé de España), *La soledad del mal* (ganadora del I Premio Internacional de Novela Negra y Policial Azabache y del Memorial Silverio Cañada de la Semana Negra de Gijón), *El último milagro* (ganadora del II Concurso de Novela Extremo Negro-BAN!) y *New Pompey*. También es autor de las novelas infantiles *La leyenda de Los Invencibles*, *La noche que salvé al Universo* y *Terror en Diablo Perdido* (ganadora del Premio Sigmar de Literatura Infantil y Juvenil 2013). Entre otros premios que obtuvo, figuran el Cosecha Eñe, el Bioy Casares y el Miguel de Unamuno (accésit), todos en el género cuento.

El misterio de los mutilados

Horacio Convertini

No puedo quitármelo de la cabeza y eso que pasaron años. Aún hoy, cada tanto me desvela, sobre todo desde que al nene se le dio por creerse un hombrecito porque en Boca le pagan viáticos y sale de noche con los amigos a gastar la plata. No es una pesadilla, exactamente. Se me viene encima cuando todavía estoy despierto, pero en el estado en el que las barreras que nos defienden de la locura empiezan a traicionarnos y permiten el asalto de lo que late al otro lado de la consciencia. El chillido de una motosierra, un guante de látex ensangrentado. Un flash que dura un segundo. Con eso basta para que la historia vuelva a proyectarse en mi mente desde el pliegue más sombrío de mi memoria. Y ya no me puedo dormir hasta que el nene vuelve. Sano, salvo, entero.

Todo empezó mal. El Renault 18 de la empresa no tenía aire acondicionado y las chapas se habían recalentado como las resistencias de una tostadora. Diez horas manejando bajo un sol salvaje. Ya no transpiraba:

sentía que mi cuerpo, directamente, se había convertido en agua, en moléculas de humedad que permanecían juntas solo por inercia o por algún milagro que no llegaba a comprender bien. En un momento, creí que si me detenía al costado de la ruta para bajar y tomar aire fresco a la sombra de un árbol, las moléculas se disgregarían y yo terminaría diluido en un charco.

Odié una vez más a Barilari, el gerente de la empresa. Por él estaba ahí. Por él y por un consultor norteamericano, Jennings, contratado para desarrollar nuevas estrategias de marketing. Vendíamos artículos ortopédicos –piernas, pies, brazos, manos, dedos; de madera, de material sintético; rígidos, articulables– y Jennings había descubierto que un porcentaje muy alto de la demanda provenía de un pueblo remoto de la Pampa que en los mapas casi no figuraba: Dignidad. Dijo que debíamos ir e investigar. Si lográbamos reproducir en centros urbanos importantes las condiciones que se daban en ese sitio minúsculo, las ventas de la empresa crecerían exponencialmente. “Hay que detectar la regularidad de la irregularidad”, sentenció Jennings, y el bruto de Barilari me lo repitió, pero con los términos invertidos: “Vaya, Giménez, investigue, descubra la irregularidad de la regularidad”.

Cuando me faltaba poco para llegar, el motor del auto empezó a largar humo blanco. Primero no reaccioné. Pensé que era yo, mi cuerpo hecho agua alcanzando el punto de hervor. Pero en cuanto la fumata se hizo densa y persistente y llenó el habitáculo con un vapor más abrasador que el sol mismo, paré. Algo le había pasado al coche, qué, no sé, porque yo de mecánica nada, pero en un punto sentí alivio: eso me liberaba de seguir cocinándome al volante. Agarré el bolso con la muda

de ropa y las planillas de la empresa y decidí enfrentar el riesgo de la disolución en sudor. Bajé, me afirmé bien sobre las piernas entumecidas y, una vez que tuve la certeza física de que seguía de una pieza, me largué a caminar hacia donde se suponía que estaba Dignidad.

Habré andado una hora cuando empecé a ver las primeras casas. Nada del otro mundo; un pueblito de campo como cualquiera con la extraña paradoja de proporciones que tanto sorprende a los bichos de ciudad: todo era enorme –las fincas, las cuadras, los árboles– y me pregunté si no se trataba de la forma más obvia de disimular la insignificancia. Por eso no sospeché nada cuando me topé con el estadio de fútbol; gigante, moderno, tribunas de cemento perfectamente pintadas, torres de iluminación. Se escuchaban gritos que provenían de adentro. Había un portón abierto.

Me asomé. Una cancha de césped de un verde intenso y bien cuidado. Chicos jugando. Pensé que me haría bien entrar, distraerme un poco, tomar una Coca Cola. Me senté en el primer escalón de la platea. Unas quinientas personas alentaban al equipo de camiseta azul, seguramente el local. El partido parecía serio: tenía árbitro y jueces de línea. En el aire se respiraba la tensión de los juegos decisivos. Cada fallo del árbitro en contra de los azules era coronado por una lluvia de insultos venenosos. Dos escalones arriba, un hombre no paraba de llorar. O lo hacía solo para gritar, con una voz desgarrada, “¡fue una fatalidad!”. Alguien lo consolaba acariciándole la espalda.

Me llamó la atención el diez de los azules: un chiquito de pelo rojo y parado como la cresta de un gallo. Era bueno, muy bueno, pero jugaba únicamente para él. Estaba empecinado en comenzar y terminar

sin ayuda todos los ataques, y no lograba otra cosa que perder la pelota en un cerco de piernas rivales. A veces se desconectaba del partido y deambulaba por el mediocampo como un amnésico. Caprichoso y anárquico, me dije, los defectos que compensan la genialidad.

Junto al alambrado había un carrito de bebidas. El vendedor, me di cuenta enseguida, tenía un brazo ortopédico. Modelo BL 800, fibra de vidrio, liviano, dos puntos de articulación. Me acerqué y le pedí una Coca. Destapó la botella, agarró el vaso y lo sirvió, todo con el brazo bueno, mientras miraba de reojo lo que pasaba en la cancha. En ese instante, el coloradito se paró arriba de la pelota de espaldas al arco, giró sobre ella como un trompo, dejó desairados a dos defensores, entró al área y, cuando se aprestaba a rematar, lo barrieron de atrás.

—¡Penal! (gritó el vendedor y derramó parte del contenido del vaso).

—Perdón, perdón, es que vamos perdiendo, ¿sabe? Ya se lo lleno de vuelta.

Acercó la botella al vaso y la inclinó, pero no lo suficiente para que el líquido pasara de un recipiente a otro. Se había quedado paralizado; su mente y su acción suspendidas, cautivadas por la resolución dramática de la pena máxima. El coloradito tomó carrera, enfiló como si fuera a pegarle de zurda a la derecha del arquero, pero una vez ante la pelota se frenó y le dio con la punta del botín, abajo. Un toque seco, displicente. El balón hizo un globo que tardó una eternidad en cubrir la distancia hacia el medio de la meta y le dio tiempo al arquero, que se había jugado a la derecha, a volver sobre sus pasos y atraparlo.

—¡La picó, la picó el muy pelotudo!

El vendedor revoleó la botella y me manchó la camisa de Coca. Quise protestar pero me mandó a la puta que lo parió. El coloradito cayó de rodillas. Me pareció que lloraba. En el estadio se hizo un silencio de muerte. Un adolescente con la pierna izquierda amputada tiró una de sus muletas contra el alambrado. Estaba ocurriendo algo raro, misterioso, algo que todos entendían menos yo, y tuve miedo. Me fui. A las dos cuadras escuché el estallido inconfundible de las voces superpuestas gritando un gol. Y no sé por qué —acaso haya sido una premonición—, deseé que hubiera sido del diez de los azules.

Había un hotel solo. Lo atendía un pelirrojo. ¿Y si la regularidad de la irregularidad era una concentración excesiva de colorados? “Investíguelo, Giménez”, me habría dicho Barilari sin reparar en lo absurdo de la idea. El tipo me atendió con fastidio, como si tuviera la cabeza en otro lado y esa tarea que le tocaba en suerte —pedirme un documento, hacerme llenar una ficha, darme una llave— lo sacara de su preocupación principal. Iba a contarle lo del auto, pedirle la dirección de un mecánico, pero preferí irme rápido a la habitación. El enigma de Dignidad, a lo mejor, pasaba por cierta exasperación en el carácter de sus habitantes; un temperamento volátil como la nitroglicerina que los hacía más permeables a los accidentes domésticos o rurales. Sí, tal vez la cosa anduviera por ahí.

Me duché con agua fría, me puse ropa limpia y me sentí como una serpiente que acaba de cambiar la piel. Salí a cenar. El hombre del hotel estaba en la puerta. Me

llamó la atención su forma de pararse, con todo el peso descargado sobre la pierna derecha y cierta rigidez y diferencia de volumen en la pierna izquierda. Prótesis, él también. No necesité que caminara para darme cuenta. En eso, vi venir corriendo al diez de los azules.

—¡Ganamos, papá, ganamos! —gritaba el pibe y revoleaba la camiseta al aire.

Se abrazaron como si no se hubieran visto en años y tuve la sensación de que el hombre, al hacerse un ovillo para estrechar a su hijo —los ojos cerrados, los labios besando la cresta de gallo una y otra vez—, no estaba expresando solo su alegría por un resultado futbolístico sino también una angustia muy profunda.

—¿Y sabés qué? —le dijo el chico cuando se separaron—. Piqué un penal cuando íbamos perdiendo y me lo atajaron.

—¡Qué! ¡Cuántas veces te dije! ¿Sos loco, vos? —el humor del hotelero se encrespó como un mar rabioso. Zamarreaba al pibe de los hombros y lo miraba a los ojos como si esperara encontrar, dentro de ellos, algo que lo calmara, que le dijera que no era cierto.

—No, sí, pará, pero después hice dos goles. Ganamos dos a uno...

—Una locura igual, andá, andá para adentro, querés...

El chico se metió corriendo. El padre lo siguió, zarandeándose del lado izquierdo. Prótesis barata: acaso la Legus 40.

Esa noche soñé con Jennings y con Barilari. A los dos les faltaban los brazos y las piernas. Estaban montados sobre carritos de rulemanes y tenían las mangas de los trajes sostenidas a los hombros por alfileres de gancho.

Jennings me hablaba en inglés y yo no entendía nada. Pero peor era cuando Barilari se ponía a traducirlo y me decía cualquier cosa. Entonces yo le pedía por favor que llamara a un traductor de verdad y él se enojaba: “¡La irregularidad de la regularidad!, ¿comprende, Giménez?”. Ahí me daba cuenta de que tenía que fingir y empezaba a responder mecánicamente “yes, yes, yes”. Me desperté a la mañana con esa palabra, yes, en la cabeza.

Fui al salón del hotel a desayunar y me atendió el conserje pelirrojo. Parecía otra persona. Sonreía. Me dijo su apellido –Fernández–, me preguntó si había descansado bien y qué andaba haciendo por ahí.

–Una investigación de mercado –le contesté.

–¿Máquinas rurales?

–No, ortopedia.

–Ah... –la cara se le descompuso y no agregó nada más. Terminó de servirme el café con leche y se dio vuelta para irse.

–Espere, Fernández, por favor, necesito que me ayude con algo.

–Lo que usted diga.

–Se me quedó el auto en la ruta, a unos tres kilómetros de acá. ¿Hay algún mecánico que pueda ir y repararlo?

–Renzo. Un genio. Arregla desde una moto hasta un tractor.

–¿Dónde puedo verlo?

–Termine de desayunar que yo lo acompaño.

–No es necesario...

–Sí, es.

Me sorprendió la firmeza con que lo dijo y volvió a ganarme la sensación de estar en un sitio en donde la gente se movía con códigos extraños, lo cual me exponía a un error irreparable cada dos por tres. Desayuné a las apuradas y fuimos.

El taller tenía las paredes tapizadas con fotos de equipos de fútbol. Muchos retratos de un mismo chico vestido de jugador: hincado con la pelota, haciendo jueguito, celebrando un gol. Una repisa llena de copas. Fernández aplaudió fuerte y el tal Renzo apareció de debajo de una camioneta. Era el pibe de los retratos, veinte años envejecido. No me dio la mano porque la tenía engrasada y tampoco respondió a mi buen día; solo sonrió. Yo le expliqué lo que me había pasado con el Renault 18. Traté de ser lo más claro posible. Se quedó pensando y de golpe empezó a hacer señas con las manos.

—Pregunta de qué color era el humo —tradujo Fernández.

—Blanco... —le contesté al hotelero y después sentí que debía repetírselo al mecánico—. Blanco.

Renzo se congeló en un gesto de preocupación.

—Es huésped mío. Tiene que haber una solución —se impacientó Fernández—. Una solución rápida, ¿entendés?

El mecánico asintió con la cabeza y arrancó de nuevo con el movimiento de manos.

—Dice que se quede tranquilo. Él va, lo trae y lo revisa. Si no fundió motor, mañana o pasado lo tiene listo.

Cuando salimos del taller, Fernández, a cuento de nada, chasqueó la lengua y deslizó con amargura:

—No sabe lo bien que jugaba este muchacho.

–¿Sí?

–El mejor. El mejor de todos –y la voz se le cerró, como anudada por un espanto todavía vivo.

Dignidad no tenía hospital. El más cercano estaba a cien kilómetros, en Villa Luppi. Las urgencias médicas se trataban en un dispensario atendido por el único médico del pueblo, el doctor Zaldívar. Fernández me dijo cómo ir. Era un edificio blanco, largo, chato, de los contruidos con bloques premoldeados. Junto a la puerta, sentado en una silla de mimbre, un viejo vestido enteramente de negro y con los ojos tapados con parches para dormir como los que reparten en los aviones, murmuraba: “La totalidad de la circunferencia, la totalidad de la circunferencia, la totalidad de la circunferencia...”. Busqué una moneda para darle y se la dejé sobre la rodilla izquierda, el único lugar que se me ocurrió porque a la vista no había ningún recipiente para limosnas. El viejo se dio cuenta, movió la pierna y la tiró al piso.

La sala de espera era cuadrada, con sillas empotradas en las paredes laterales. El hombre que había visto llorando en el estadio ahora lloraba ahí, bajo el abrazo protector –aunque sereno y frío– de una mujer. Al frente, dos puertas. Una decía consultorio; la otra, nada. Entré a la primera y me encontré con una enfermera sentada a un escritorio de metal.

–¿Sí?

–Busco al doctor Zaldívar.

–Está operando.

–¿Cuándo vuelve?

–¿De dónde?

—No sé, usted dijo que está operando...

—Sí, acá. Calculo que en una hora sale —la última palabra se encadenó al lamento agudo de una motosierra que parecía provenir del mismo edificio; la enfermera sonrió, hizo una pausa y recién continuó cuando regresó el silencio—. Si gusta, puede aguardar en la sala.

Me pareció absurdo que un pueblo que no daba el rango para tener un hospital tuviera un quirófano. Pero me conformé pensando que si mi hipótesis de los temperamentos explosivos y los accidentes era cierta, se trataba de una necesidad lógica. Me senté a esperar lo más lejos que pude del hombre que lloraba. A la media hora salió un médico de la puerta que no estaba identificada. El barbijo suelto. Un guante de látex enrojecido asomando de un bolsillo del delantal. El hombre que lloraba se le tiró encima.

—¿Y? ¿Y? —gimió.

—Tranquilícese, todo salió bien.

El médico lo abrazó como si consolar fuera parte de su trabajo. Luego, le habló a la mujer, que permanecía imperturbable.

—El muchacho está compensado.

—¿Cuándo podremos verlo?

—En un rato, la enfermera les avisará.

La mujer le agradeció y tomó al hombre de un brazo para llevarlo de nuevo a la silla. Yo aproveché el momento.

—¿Doctor Zaldívar?

—Sí.

—Giménez, de Ortomed —y le extendí mi tarjeta.

La miró con extrañeza, como si estuviera escrita en un idioma incomprensible, y antes de que pudiera

explicarle mi presencia ahí me dijo que lo acompañara. Atravesamos la puerta que no estaba identificada. Daba a un pasillo largo. A la izquierda, cuartos de internación. Al frente, el quirófano. Al fondo y a la derecha, la oficina de Zaldívar. El médico ocupó la silla de su escritorio y me invitó a sentarme en la destinada a los pacientes.

—¿Bien? —dijo él—. Lo escucho.

—Mi empresa detectó que Dignidad tiene una demanda extraordinaria de artículos ortopédicos. Y me enviaron a que averigüe el porqué. Pensé que usted podría autorizarme a estudiar las historias clínicas...

—Imposible —me cortó.

—Sé que son documentos privados —concedí—, de ninguna manera querría que usted violara el secreto profesional. Pero estoy autorizado a convenir un descuento especial en las prótesis si colaboran con nosotros.

—Váyase, por favor.

—Usted también obtendría alguna gentileza... —y le guiñé el ojo.

Zaldívar se paró y golpeó el escritorio con el puño cerrado.

—¡Salga de acá ya! ¡Salga y no vuelva nunca más o le juro que se va a arrepentir!

Me fui rápido, como impelido por la onda expansiva de los gritos. En la sala de espera, el hombre parecía haberse dormido. Ahora lloraba la mujer, pero en silencio. Afuera, el ciego continuaba con su letanía. La moneda permanecía a sus pies.

Ese día lo perdí en gestiones inútiles. Las puertas se me cerraban en la cara, cada vez más rápido, cada

vez más fuerte, como si ya todos estuvieran avisados de que había un forastero que pretendía husmear donde no debía. El intendente, un anciano que renqueaba de la pierna derecha, pasó a mi lado sin dirigirme la palabra, rechazó mi tarjeta de un manotazo y me hizo echar por un custodio cuando me puse a gritar algo que refería oscuramente a los derechos ciudadanos.

De regreso, sentí que los ojos del pueblo estaban puestos en mí. Me pareció que la gente se turnaba para seguirme. Una barra de muchachos me salió al cruce. Uno escupió el suelo a mi paso; otro se levantó el pantalón y empezó a darle golpecitos rítmicos a su pierna de madera como si fuera un bongó. El policía que miraba la escena se largó a reír. Crucé la calle entre miradas de sorna. Corrí. Me tiraron una piedra que pegó en la puerta de vidrio del hotel, sin llegar a romperla. Fernández, que estaba en la conserjería anotando algo en un librorato, vio todo y se hizo el boludo. Le pedí el teléfono para llamar a Barilari. El gerente se puso como loco cuando le insinué que no tenía caso seguir la investigación.

—¿No entiende que nuestro futuro está en sus manos, Giménez? ¡No acepte un no como respuesta!

—¿Qué quiere que haga? Acá nadie habla.

—¡Oblíguelos!

—Se ponen como locos cuando toco el tema.

—¡Traiga una explicación o no vuelva! —tronó desde el otro lado de la línea antes de cortar.

Puteé al aire para descargar la bronca. Me di cuenta de que Fernández me observaba y me sentí avergonzado.

—Disculpe, es que mi jefe no entra en razones —le dije—. ¿Usted no conoce a nadie que me pueda dar

información sobre las prótesis? Necesito saber qué carajo pasa acá.

En eso entró el coloradito, todo transpirado.

—¡Pá! Tres goles hice en el entrenamiento. El técnico dice que si mañana juego así, el título no se nos escapa.

—Ojalá, ojalá... Ahora entrá. Que mamá te dé algo de comer y te vas a dormir, así estás bien descansado para la final.

—Es bueno —dije para congraciarme, mientras el pibe se perdía por un pasillo—. Ayer lo vi un rato en la cancha. La jugada que hizo antes del penal fue extraordinaria...

—Pero después casi arruina todo.

—Son chicos.

El hotelero negó con la cabeza y tensó todo el cuerpo como si estuviera resistiendo una presión insoportable. Finalmente me dijo entre dientes:

—Vaya a su habitación. Espéreme ahí. Yo le voy a contar la verdad.

A las dos horas, más o menos, golpearon la puerta del cuarto muy despacio. Era Fernández. Entró mirando hacia los costados, como si fuera un fugitivo de la ley. Yo iba a decirle algo, pero hizo un gesto aparatoso para que me callara. Se quedó en silencio un rato, decodificando los sonidos que venían de afuera, hasta que pareció estar seguro y empezó a soltar todo en un susurro.

Me contó que Dignidad era un pueblo muy futbolero, demasiado. El fútbol era su pasión, su orgullo, lo que le daba sentido a una existencia olvidada en el medio de la Pampa: veinte años consecutivos sin derrotas en

ninguna división, el gran campeón de las ligas rurales, el punto del mapa que se hacía visible con su cantera de futbolistas recios, indoblegables. Jugar bien era garantizarse el respeto de los demás. Y ser la figura de una final, ganar un lugar en el panteón de los héroes. Como Esparta con la guerra, Dignidad había edificado su ética en torno al culto de la pelota: había que dejar la vida en la cancha, comprometerse con la causa y, sobre todo, jamás cometer errores que pusieran en riesgo la obtención del campeonato porque eso equivalía al delito de traición a la patria.

—Esta mañana le amputaron la mano derecha al arquero del equipo de mi hijo —contó Fernández, los ojos desorbitados, un hilo de voz que me raspaba los oídos—. Canchereó en un centro, se le escapó la pelota y de ahí vino el gol de los contrarios...

Me acordé del hombre que lloraba, del doctor Zaldívar, de todos los amputados que había visto.

—El vendedor de Coca Cola de la cancha...—dije.

—Armentano. Gran full back. Un día hizo una mano boluda dentro del área. Penal. Perdimos.

—Usted.

—Diez, como mi hijo. Me comí un gol en el último minuto. Solo contra el arquero me embataté, sabe, y no me lo perdonaron.

—El ciego del dispensario.

—No, un caso aparte. Árbitro. Cobró un gol que no era. La pelota no había cruzado toda la línea. Se sacó los ojos con una cuchara, él solito. Quedó así, medio loco.

Fernández me explicó que todos en el pueblo aceptaban esa situación como si fuera lo más normal del mundo. Que una parte de los impuestos municipales se

destinaba a la compra de prótesis. Y que para los infractores a la ley no había otra salida que la amputación.

—¿Y por qué no huyen?

—No crea que es tan fácil.

Miente, pensé. Se burla de mí. Lo mandaron para quitarme del medio y que me vuelva a Buenos Aires con el rabo entre las piernas. El verdadero misterio no puede ser ese. Cuando estaba por decírselo, me interrumpió.

—Váyase ahora que todavía puede. Mañana tal vez sea demasiado tarde. Yo sé lo que le digo. Y le pido un favor: llévese a mi hijo. Usted lo vio jugar. Es bueno, pero a veces lo traiciona el temperamento y hace cosas que no corresponden. Que acá no corresponden. Tengo miedo...

—Usted está loco.

—¡Sávelo, por Dios! —y por primera vez levantó la voz.

El auto... —susurré yo.

—Renzo ya lo tiene listo. Agarre sus cosas y sígame.

Fernández fue hacia la puerta, la abrió y se asomó apenas al pasillo como si temiera que hubiera alguien vigilándolo.

—¿El mecánico también? —le pregunté antes de salir.

—Un crack, pero en la cancha hablaba demasiado. Insultó a un referí y lo expulsaron. Ese fue el último partido que perdimos.

Salimos por la ventana de la cocina a un terreno baldío que parecía una rugosidad de la noche. Lo atravesamos a oscuras, trastabillando con los pozos y

los matorrales. Luego nos metimos en un campo donde pastaban reses. Y en una laguna, con el agua hasta las rodillas. A la hora llegamos a un camino de tierra. Ahí estaban el Renault 18 y Renzo.

—¿El nene? —le pregunté a Fernández.

Me señaló el asiento trasero del auto. Dormía a lo largo, las piernas apenas encogidas.

—Le di un sedante. No creo que se despierte hasta bien entrado el mediodía —el hotelero sacó algo del bolsillo del pantalón y me lo dio—. Acá tiene: el papel que lo autoriza a ser el tutor de mi hijo. Perfectamente legal. Lo vio un abogado de Villa Luppi.

—¿Qué le voy a decir cuando se despierte?

—No sé... Que usted es un delegado de Boca y lo lleva a que le tomen una prueba. Sí, eso lo va a entusiasmar.

Me despidió con un abrazo. No lloró. Renzo me palmeó la espalda y él sí tenía los ojos llenos de lágrimas.

—No encienda las luces hasta que salga a la ruta principal. Hágame caso, hay patrullas vigilando —dijo Fernández cuando puse el auto en marcha.

Manejé toda la noche y parte de la mañana venciendo el sueño y el cansancio, estimulado por el miedo a encontrarme con el doctor Zaldívar y sus manos manchadas de sangre. El coloradito, atrás; cada tanto gemía y pegaba patadas al aire, todavía inmerso en los fantasmas del destino que su padre había decidido quebrar. Cuando empezó a apretar el calor, paré en la banquina debajo de un árbol. Saqué las planillas vacías de Barilari, las rompí y tiré los pedazos por el aire.

Escuché que el nene me hablaba. Le pregunté si le gustaría jugar en Boca.

SEGUNDO PREMIO

Febrero casi marzo

Manuel Crespo



Manuel Crespo

Manuel Crespo nació en Capital Federal en junio de 1982. Vivió hasta los 18 años en Chacabuco, Provincia de Buenos Aires. Su primera novela, *Los hijos únicos*, ganó el primer premio del Concurso Nacional “Laura Palmer no ha Muerto 2010”, organizado por el sello argentino Gárgola, y fue publicada en ese mismo año. Ha publicado, también, diversos textos en revistas culturales como *La Mujer De Mi Vida*, *La Balandra* y *Casquivana*. Asiste al taller del distinguido escritor Abelardo Castillo.

Febrero casi marzo

Manuel Crespo

Pensar en la Negra de antes es pensar en eso que descubrieron muriéndose en el fondo del bebedero. Es pensar, acordarse, revolver entre muchas otras cosas y encontrar el bague recubierto de barro, chapoteando. Pero esta noche Luciano no está para acordarse así de la Negra. Tampoco se va a acordar de sí mismo, el Luciano de los siete años, ocho a lo sumo, parado al lado de su hermana, la mirada fija en el pez que cada tanto boquea y pega un salto, el pez apenas un poco más brillante que todo lo demás ahí adentro.

Ahora Luciano anda por los dieciocho todavía no cumplidos y hace un rato que está sentado a la mesa de la cocina. Tiene los libros desparramados y lee, pero eso es más un decir que otra cosa. Apenas puede mantener la vista en la página, se está durmiendo con los ojos abiertos. En eso oye el llanto, pero no reacciona.

Sigue con la mano en la frente, el codo en la mesa, en la otra mano un café que va de tibio a frío, pero ya todo es inútil, el llanto se acerca, invade los cuartos, primero el de sus padres, después el de estar, después el pasillo y ahora la puerta de la cocina que se abre, Pedrito en los brazos de la Negra, la cara roja de Pedrito llorando.

–Estoy tratando de estudiar, Julia –dice Luciano.

Ella rodea la mesa, empuja el mosquitero con el pie y se lleva a Pedrito afuera. El llanto se va como llegó, se debilita luego de haber alcanzado su punto máximo de saturación, casi como una sirena de ambulancia. Ahora Luciano lo siente del otro lado de la pared, lejos, allá y no acá, un problema de otro. Que se ocupe ella, se dice para adentro, si al final es la única ahí que no tiene nada para hacer. Da vuelta a una página y subraya algo sin ver, hace como que revisa sus anotaciones en el cuaderno espiralado. Van cuatro días así. Cuatro días y sus noches. La idea de prepararse en el campo resultó ser un fiasco. Luciano sabe que no le puede echar la culpa a nadie: ni a la Negra, ni al sobrino, tampoco a los demás. Hace cuatro días que se mueve separado del resto, supuestamente para ganar concentración, y además el campo es grande y nadie se queda en la casa durante el día. Afuera todavía es verano y está la pileta. El único en la sombra es Luciano, que se está preparando para un examen de ingreso que mucho no sabe si quiere rendir, que en realidad quisiera irse ya mismo a cualquier otro lugar que no fuera ese campo chamuscado por el sol, chato como una moneda, una línea que ni siquiera las casuarinas pueden disimular, ubicado a veintitantos kilómetros de la ciudad de nombre compuesto a la que ya casi no va y cuyo mayor recuerdo a estas alturas es el de todos esos domingos de misa, cuando todavía era chico y lo obligaban a ir.

Luciano es el único de la familia que no llegó a vivir en la ciudad de nombre compuesto. Los Valdemar se mudaron a Buenos Aires dos años antes de que él naciera. Desde que tenía memoria, para él el campo siempre había sido algo que ocurría un fin de semana por mes. El campo todavía le gustaba. Le encantaba, de hecho. Había de todo para hacer y siempre estaban pasando cosas: una vaca pariendo, la vez que Andrés descabezó la víbora con la pala angosta, los asados, los primos que caían de visita y terminaban quedándose a dormir, las salidas a caballo a cualquier hora, el estruendo de la tormenta siempre más vivo que en Buenos Aires, los cascotazos al panal del monte y después correr. También estaban las dos semanas del invierno y un mes del verano. Siempre había sido así: Miramar o La Cumbre en enero, el campo de Campo en febrero.

Ahora también es febrero, los últimos días.

Luciano se lleva la mano derecha al hombro izquierdo y busca el dolor con los dedos, por encima de la camisa. Hace un par de horas, frente al espejo del baño, antes y después de ducharse, se pasó un buen rato estudiándose los tres moretones en curva, la medialuna violácea que le dejó el Pehuén al morderlo. Solo cuatro días y hasta los caballos se le ponen en contra.

Y en eso está, en tocarse el hombro y sentir el dolor en su punto de origen, cuando escucha los pasos que vuelven. La Negra murmura apenas por encima de la voz de Pedrito. Luciano mira, ahora así, hacia el mosquitero: ahí están los dos, ella de pie y él en sus brazos, sobre el camino de ladrillos que une la puerta de la cocina con la parrilla, bajo la luz amarillenta del farol. Todo lo demás es noche y algo de ruido, un sapo que llama a

otro, un insecto que choca contra la pared y cae al piso, el zumbido de la heladera detrás de Luciano, las voces entrelazadas de la Negra y Pedrito. Ella señala algo en la pared y él la imita. El interés de ella es impostado, un recurso de maestra jardinera, mientras que Pedrito mira serio, entre asombrado y cauteloso. Mira eso en la pared –una araña, un caracol, supone Luciano– y después vuelve a la Negra, como si necesitara constatar una relación secreta entre eso y ella.

Luciano se los queda mirando, hermana y sobrino ahí parados, y de golpe ya no piensa en nada. Será el cansancio o el aburrimiento, será una tercera cosa: el asunto es que su mente entra en un blanco perfecto. Los ojos se le nublan y el tejido del mosquitero se convierte en una sucesión de puntos negros. Así como suena: puntos negros en horizontal y vertical. Entre los puntos hay otros de colores, inquietos, que corresponden a la vida del exterior: la Negra, Pedrito, el camino de ladrillo, la noche que enturbia la luz del farol. Si no fuera porque tiene la mente en blanco, Luciano podría dar cuenta del fenómeno que está teniendo lugar frente a sus ojos: es imposible distinguir qué está adelante y qué detrás, si los puntos negros o los de colores, si el mosquitero o la vida del exterior, eso de ahí es una negación de las dimensiones, todo se funde en un mismo plano de puntos que titilan un poco, como pasa a veces con las estrellas muy juntas en las noches claras, y así el mosquitero, la Negra, Pedrito y el resto de las cosas pierden sus formas originales. Al rato ya ni puntos son, apenas manchas líquidas que anuncian que más temprano que tarde Luciano tendrá que pestañear y entonces el mundo será otra vez el del comienzo, pura e impenetrable solidez.

La Negra abre el mosquitero, las bisagras sueltan un quejido y Luciano vuelve en sí. Del otro lado de la mesa, su hermana y su sobrino lo miran en silencio. Después se ríen.

—¿Qué le pasa al tío Lucho? —le dice la Negra a Pedrito—. Está loco, el tío.

Pedrito lleva un dedo blando hasta la sien, gesto que debe haber aprendido este verano, entre tanto adulto que lo alzó y le hizo caras y le festejó toda gracia nueva. Tiene la cara un poco roja todavía, los ojos contraídos del después del llanto. Resopla y se ríe. Luciano baja la vista a los libros desparramados.

—Estoy tratando de estudiar, Julia.

La Negra no le contesta, se queda un instante más ahí detenida y después se pierde casa adentro, Pedrito en brazos. Luciano piensa en ir y preguntarle por qué lloraba, subraya algo al azar, mira el cuaderno espiralado.

Declara recreo con cigarrillo. Encuentra el atado debajo de la Constitución de los Estados Unidos y se levanta de la silla. Duda un segundo y agarra también el libro que había estado haciendo que leía hasta recién. Guarda el lápiz en uno de los bolsillos del jean y sale. Va hasta la galería, enciende la luz y se sienta en uno de los sillones de mimbre. Desde afuera puede escuchar el ir y venir de los otros dos dentro de la casa. Andrés y Silvia estarán volviendo en un par de horas. Ya es la segunda vez esta semana que los dejan a cargo del hijo. Ni que hubiera tantas cosas para hacer en la ciudad: hace un mes que en el cine pasan la misma película, como mucho una o dos parrillas decentes y ni Andrés ni Silvia tienen amigos acá. Los dejan a cargo del hijo

y se van. El otro día contaron que están pensando en radicarse en la ciudad. Los negocios en el molino no andan del todo bien y alguien, Andrés en este caso, tiene que venir a hacerse cargo. Además el año que viene Pedrito estará empezando el jardín y a sus padres no les disgusta la idea de criarlo en el Interior, lejos de la vida acelerada de Buenos Aires.

Pedrito es un llorón, piensa Luciano. Encima no están los abuelos, y sin ellos la cosa se desmadra. Los viejos ya lo hubieran acostado al pendejo hace rato. Sin mucha vuelta: a la cama, basta, se terminó. Así se hacían las cosas cuando Luciano era chico. Anoche la Negra le contó que los había llamado desde el público que está frente a la plaza, mientras hacía compras en la ciudad. Están genial, le contó a la vuelta. No pueden creer las playas, querían saber cómo venís con el estudio. Luciano le respondió con una frase corta, sin mirarla. Después la Negra se fue para su cuarto.

Ahora Luciano fuma y calcula cuánto tiempo compartieron desde que la soltaron. El primer mes entero, eso seguro. Después pasó lo de Cambiaso y Pereyra Rossi y enseguida el llamado anónimo para que la Negra se hiciera humo. Entonces el más de medio año por Europa, los primeros tres meses con sus padres, con mis viejos, piensa Luciano, y el resto por su cuenta, con todos los gastos pagados, eso sí, aunque también es verdad que la Negra paró en varias casas de amigos y que al regresar devolvió buena parte de la plata. Allá se pasó los días recorriendo y preguntando por gente que se había ido antes que ella. Así Madrid, Barcelona, París, Londres, Berlín y otra media docena de ciudades, y hace unas tres semanas toda la familia en Ezeiza, vuelve Julia a quedarse, ahora sí. Se fue

directo al campo de Campo y recién Luciano la volvió a ver cuando cayó a estudiar. En total se vieron poco menos de dos meses en casi un año, o en casi nueve, si se agrega Devoto, pero entonces también habría que sumar todas las veces que Luciano acompañó a sus padres a las visitas de los martes. Luciano todavía era chico y lo obligaban a ir.

Se lleva la mano derecha al hombro izquierdo, que le pesa como una piedra. Es un dolor distinto al de la tarde, cuando el tarascón le dio más bronca que otra cosa. Ahora el Pehuén debe estar pastando en la oscuridad, pasando la pileta y el alambrado, fuera del parque, anónimo hasta para sí mismo entre la tropilla silenciosa. La pileta no queda lejos, a unos treinta metros de la galería, y tiene la parte honda iluminada por la luz de noche. Ahí se pasan las mejores horas del día Andrés y su mujer, la Negra, Pedrito. Desde el interior de la casa, Luciano los mira nadar y tomar sol.

Estaba terminando de desensillar cuando el Pehuén lo mordió. Había declarado recreo con vuelta a caballo. Había ido hasta el puente y frenado ahí. El sol ya estaba declinando, perdiendo fuerza. Desde la montura, mientras el caballo casqueaba sobre el concreto, miró un rato el agua del arroyo, que corría casi sin movimiento. A la vuelta el Pehuén galopó incluso más rápido que a la ida. Luciano se echó para atrás para no perder el equilibrio y lo dejó marcar el ritmo. Ahora piensa que tal vez fue eso: si le hubiera mantenido la rienda corta, si lo hubiera obligado a volver al paso, tal vez el Pehuén nunca se hubiera animado a soltar el tarascón. Más que la mordida en sí, el verdadero susto para Luciano fue sentir la cara del caballo tan cerca, los ojos así de abiertos, las orejas tensas, los dientes

desnudos hasta las encías incrustándose en su camisa. Le pegó una trompada en el cogote y el Pehuén abrió la boca, dio un salto hacia atrás. Luciano lo regresó a la pradera a los rebencazos.

Otra vez se quedó con la mente en blanco. Escucha el ruido del mosquitero a la vuelta de la casa. Abre el libro en la página marcada y está subrayando algo al voleo cuando aparecen la Negra y Pedrito, que viene caminando adelante, avanzando con pasos destartalados. Se va directo a los canteros y la Negra lo para antes de que pise el barro. Lo levanta de las axilas y Pedrito patalea ofuscado. El resto del viaje a la galería lo hacen así.

—Quedate acá y no jodas —dice la Negra cuando lo aterriza.

Pedrito se pone a caminar rápido entre los muebles, hablando en su idioma. La Negra se ata el pelo con una gomita y se sienta en el otro sillón, a la izquierda de Luciano. Ya es bastante más baja que él. La tarde del bagre en el bebedero también había una cabeza y media de diferencia, solo que era al revés: la Negra era la más alta de los dos y cargaba el balde.

Pedrito frena de repente y observa el perfil de Luciano, que sigue leyendo y subrayando. Hace el gesto del tío loco, la Negra sonríe y Luciano alza la vista. Cuando la soltaron le faltaban varios dientes. Se le habían caído las paletas, un colmillo, unas cuantas muelas. El primer mes se fue en eso, en devolverle la sonrisa. Cada tantos días el dentista la anestesiaba y le ponía un diente nuevo. La Negra volvía a la tardecita con la cara hinchada, el dolor empezando a avisparse, y un agujero menos. La mayoría se le habían podrido, un par se los habían saltado a golpes. Pasaba seguido

que a la Negra la mandaran a los chanchos. Luciano y sus padres hacían la cola con los demás familiares y al llegar al mostrador el oficial les informaba que ese martes no iba a poder ser, Valdemar se portó mal esta semana, está en los chanchos.

Resulta como mínimo curioso que para Luciano el recuerdo de las visitas de los jueves no sea desagradable del todo. Le gustaban los desayunos en el bar de enfrente, el que todavía tiene el cartelote de Seven-Up encima de la puerta. Llegaban bien temprano, cuando aún era de noche, y elegían siempre el mismo lugar: contra la ventana de la punta, frente a la vereda avioletada por los primeros resplandores del día. Su padre pedía cafés con leche y medialunas de grasa y su madre charlaba con las otras madres de mesa a mesa. Afuera los porteros salían a baldear, de algún rincón de la barra llegaban las voces de una radio y la mañana entera tenía algo así como un gusto a ceremonia para ellos solos. A veces los acompañaba algún tío, alguno de los primos grandes, Andrés. Luciano escuchaba las conversaciones de los mayores y comía sus medialunas. Después, cerca de las siete, su padre pagaba la cuenta y cruzaban la calle. Al séptimo u octavo martes dejaron de revisarlos en la entrada. Los nuevos no tenían esa suerte: de su primera vez en Devoto Silvia salió algo pálida, con los labios apretados. Me tocaron ahí, le dijo a Andrés en el auto. Luciano alcanzó a oír y entendió recién de grande.

—¡Vení ya para acá! ¡Para acá, te dije!

La Negra se pone de pie y sale de la galería. Pedrito está en el pasto, justo donde la luz se pulveriza y empieza la noche. Antes de que la Negra lo atrape ya está volviendo. Dice algo, resopla y se ríe. Ella tiene en la mano el cigarrillo que Luciano le convidó

hace menos de diez segundos. Lo enciende y vuelve a sentarse. Luciano lee, se acaricia el hombro por encima de la camisa. Las palabras bailan en la página. Pedrito se trepa a un sillón y después se baja. Se pone a dar vueltas alrededor de la mesa de mimbre.

–Lo tendrías que haber acostado hace tres horas, Julia. Ahora quién lo duerme.

Lo desagradable era la visita propiamente dicha. Hasta se ponía contento –siempre por lo bajo, para no contrariar la amargura de sus padres– cuando a la Negra la mandaban a los chanchos. De esa manera el programa se terminaba en la parte buena, el desayuno. Pero eso no siempre ocurría. Les tomaban los datos en la entrada y después los hacían pasar a un patio que era puro cemento. Cada familia tenía una mesa asignada y al poco rato aparecían las presas. Todas tenían la misma cara. Salían juntas al patio y se dispersaban a medida que reconocían a los visitantes. Había besos y abrazos y en general bastante silencio.

Por ahí no siempre fue así, pero de esas visitas Luciano guarda la imagen de una Negra muda e inerte, como tallada en roca, una Negra contra las que las palabras rebotaban. Se sentaba en el banco contrario a su familia y acto seguido su madre le pasaba la bolsa con los Derby suaves, la yerba, el café, algún postre envuelto en papel de confitería, ropa, cosas así. La Negra se largaba a fumar ahí mismo y contestaba con monosílabos. Decía sí o no o no sé. Estaba muy flaca, en los mismos huesos. La piel de la cara se le había agrisado y ya había perdido el primer diente. Durante toda la hora, mientras su padre o su madre hacían lo imposible para mantener la conversación con vida, clavaba los ojos agigantados en el paredón de enfrente y

no los movía de ahí, como si estuviera buscando formas en las manchas de humedad o como si creyera que de puro mirarlo el paredón un día se iba a caer desplomado, así como así, primero el paredón altísimo y un segundo después una montaña de escombros.

Casi no se fijaba en Luciano. Apenas lo saludaba o le apoyaba una mano en la cabeza cuando se saludaban o se despedían. Era como si para ella Luciano fuera una extensión de sus padres, algo que venía atado a ellos y los seguía a todos lados, vaya uno a saber por qué. Tampoco la cosa era tan distinta a la de los años anteriores a la cárcel, los que empezaron con las misas de aquel cura en el living, siguieron con el trabajo asistencial en la villa y desembocaron en la militancia. Entonces su hermana no tenía tiempo para nadie, pero ahí en el patio del penal era todavía peor. La Negra estaba como muerta y todo a su alrededor parecía ahuecarse, morir también. Su hermana le daba miedo: era ni más ni menos que eso. Como mínimo fue así durante los primeros tiempos, pero igual Luciano no se quedó a esperar el cambio. No bien tuvo la edad suficiente para plantarse, desertó a las visitas. Pasaron los años y su madre empezó a decirle que la Negra había preguntado por él. Su padre y Andrés intentaron convencerlo, el primero con más calma y paciencia que el segundo, pero Luciano no bajó la guardia. Dejó de ir y punto, sin dar lugar a demasiadas explicaciones.

—Julia, en serio.

—Déjalo, Lucho. No está haciendo nada.

El libro descansa ahora sobre la mesita del café, blanca como los demás muebles. Sobre el libro está el lápiz. No pasa medio minuto y Pedrito ya lo está agarrando. Luciano intenta sacárselo sin recurrir a la

fuerza, pero su sobrino insiste, aprieta la mano alrededor del lápiz, se revuelve, pone cara de pelela. Así le dicen Andrés y Silvia cuando se enoja. A toda la familia le encanta cuando se pone de esa manera. Pedrito frunce la boca, se viene el llanto y todos embobados.

Luciano suelta su punta del lápiz y el cese abrupto del tironeo hace que Pedrito casi se caiga hacia atrás. Por las dudas la Negra mantiene una mano estirada hacia él, pero Pedrito no se da cuenta. Solo tiene ojos para el lápiz que se ganó a base de capricho. Lo hace girar entre sus dedos cortos, blandos, y después lo levanta hacia la luz que baja insuficiente del techo. A Luciano le parece algo cabezón, ni lindo ni feo, un Valdemar de pura cepa. Es bastante morrudo para los años que tiene, ancho de cuerpo, patón. Se nota al kilómetro que no va a ser bueno para los deportes. Luciano tampoco cree que sea muy despierto. Da gracia porque está todo el santo día poniendo caras, inventando palabras y cayéndose al piso. Es como tener una versión en miniatura de los Tres Chiflados, piensa Luciano, pero así son todos a esa edad. Al final lo único realmente a favor de Pedrito es su condición de primer nieto. Luciano siente que otra vez la cabeza se le empieza a vaciar. Sabe que eso tampoco es culpa de nadie, ni siquiera suya, o al menos eso le parece, pero su sobrino va y viene y así no se puede estar en la galería, con Pedrito haciendo tanto ruido y la Negra a su izquierda, fumando el cigarrillo que él le convidó hace uno o dos minutos, muda como todos esos martes a la mañana en el patio de Devoto, aunque eso era antes, ella después preguntaba y él prefirió no ir, ahora la Negra volvió para quedarse, pero no hay con qué darle, a Luciano la cabeza se le está vaciando, el ruido que hace Pedrito le llega como desde un pozo y

la luz se va haciendo manchas, se diluye en el no color que es la noche.

–Julia, estaba tratando de estudiar.

–Estudiaste todo el día, Lucho. Al final casi no pasamos tiempo juntos. Está linda la noche. ¡Vení para acá, vos!

Luciano se lleva la mano al hombro, que hace un rato le empezó a latir. El Pehuén no estaba jugando cuando lo mordió.

–¿Te duele algo, Lucho?

Luciano retira la mano del hombro y dice que no con la cabeza. La Negra apaga el cigarrillo en el piso y se le arrima. Tira apenas del cuello de la camisa y al final Luciano la deja ver. Se pasan un par de minutos así: la hermana mayor rozando apenas los moretones con la yema del dedo índice, el hermano menor con la cara vuelta hacia la derecha. Puede sentir el olor a crema de enjuague que emana el pelo de la Negra. De cuclillas en el borde de la galería, Pedrito clava el lápiz en la tierra húmeda del cantero.

–Esto necesita hielo. Ahí vengo. Te encargo al enano.

La Negra dobla en la esquina de la casa y desaparece. Alarmado de golpe, Pedrito trata de seguirla, pero Luciano lo ataja a mitad de camino. Le sonrío e intenta alzarlo, pero Pedrito se retuerce y llora, así que al final lo devuelve al piso.

–Malcriado de mierda –le dice al oído–. Sos un malcriado de mierda, pendejo.

Pedrito le contesta algo también, una respuesta saturada de vocablos todavía sin forma, y después se va para el cantero, donde el lápiz sigue enterrado. Luciano

se levanta de un salto y llega primero. Arranca el lápiz y se lo muestra a su sobrino desde lo alto. Pedrito estira las manos hacia él, se pone a chillar.

—Alpiste, muñeco. Es mío.

La Negra aparece casi simultáneamente en la galería, con un repasador abultado entre manos.

—¿Qué pasa acá?

—Que este pendejo me tiene harto, Julia.

Por más que la Negra lo hamaca entre los brazos, por más que le da palmaditas en la espalda y le susurra algo al oído, Pedrito no deja de estirar las manos hacia el lápiz que Luciano le sigue mostrando con una mueca sobradora. La Negra de espaldas a él, la cara hacia el parque oscurecido, más precisamente hacia la pileta iluminada en la parte honda por la luz de noche, y Pedrito que mira a Luciano con los ojos achinados, la boca semiabierta, gritando. Son los últimos días de febrero y Luciano piensa que todo esto no puede ser más que un error. Alguien la embarró feo y lo plantó en este campo, en esta noche espantosa, con la mente que se le apaga cada dos por tres, mordido por un caballo al que habría que hacer chorizo, obligado a estudiar para un examen que ya está seguro de no querer rendir y varado en la compañía de una hermana que casi no conoce y un sobrino que es la más perfecta máquina de llorar, mientras sus padres disfrutaban de una semanita de descanso en la costa de Brasil y su hermano y su cuñada andan haciendo Dios sabe qué en la ciudad de nombre compuesto adonde pronto se irán a vivir y echar raíces, dedicarse a ser padres, esas cosas. La mano tendría que ser distinta. Luciano tendría que estar en Buenos Aires, exprimiendo el fin del verano

con sus amigos, buscándose alguna chica para invitar a salir y, con suerte, meter después en el departamento, que tendría para él solo, por una vez la casa sin familia adentro. Pero acá es el campo y ahora es esta noche, y Pedrito parece a punto de ahogarse de tan rojo. Luciano le termina dando el lápiz. Su sobrino llora todavía un poco más, como para que quede bien claro que su llanto es un arma fría y terrible, y al rato ya está otra vez caminando entre los muebles, hablando solo. Tira el lápiz al pasto, lo va a buscar y regresa. La primera vez la Negra le dice que se quede quieto. Después ve que la gracia del juego consiste en la repetición, en ir y volver y volver a ir, y entonces ya no le dice nada.

Se sienta al lado de Luciano y agarra el repasador con los hielos que dejó sobre la mesa antes de alzar a Pedrito. Lo mete despacio bajo la camisa de su hermano y lo aprieta contra el hombro. Después saca la mano y sostiene el repasador con la otra, siempre apretando, por encima de la camisa.

—¿Cuál te mordió, me dijiste?

—El Pehuén.

—Te tendrías que haber llevado al Colibrí. Es lo más manso que hay.

—El Colibrí es del viejo. No le gusta que se lo anden.

—¿En serio? Yo la semana pasada lo usé y él no me dijo nada.

Luciano alza la mano derecha hasta el hombro izquierdo y toma posesión del repasador. Su hermana retira su propia mano y se echa para atrás. Esa tarde todavía era la más alta de los dos. Cruzaron la tranquera y empezaron a caminar, ella siempre medio paso

delante de él, que cada tanto se inclinaba para controlar el interior del balde. El bagre seguía ahí, en el fondo opaco, aleteando apenas para resistir los sacudones, un equilibrista del agua. Luciano preguntaba todo y la Negra respondía. Cada quince minutos tenían que frenar para que ella pudiera cambiar el balde de mano. También pararon un rato en un monte de eucaliptos, bien entrados en el campo de Quiroga, para ganar sombra antes de encarar el último trecho.

—Y, Lucho, ¿alguna noviecita por ahí?

—No.

—Pero seguro que algo debe haber.

—No hay nada, Julia.

Diez años después, la que hace preguntas es ella. Del repasador entran a caer gotas. Luciano las siente desprenderse de su hombro, bajar heladas por un costado del pecho y de ahí a la panza. No es una sensación fea. Pedrito sigue jugando a tirar el lápiz, siempre de la galería al pasto, donde arranca la noche.

—Lucho, ¿estás bien?

—Sí, ¿por?

—No sé. Estos días estuve pensando bastante en vos.

—Estoy lo más bien.

—Pasa que desde que salí no tuvimos un minuto para hablar. Sos el único de la familia que nunca me preguntó nada.

—¿Qué me querés decir, Julia?

—Que por ahí te están pasando cosas que a mí me pasaron en su momento, cuando tenía tu edad. Por ahí te puedo ayudar en algo, escucharte, no sé.

–Gracias. No necesito nada.

–Está bien. Era solo para que me tuvieras en cuenta. No hace falta que te enojés.

Se están mirando. A decir verdad, ella lo está mirando a él. Lo de Luciano es apenas unos ojos abiertos. No está pensando en eso que mira, o mejor dicho: eso que mira se disuelve mientras piensa. La Negra es una forma sin relieve, algo que a duras penas está ahí. De chico le decían que era igualito a ella. El mismo color de piel, el pelo, los ojos grandes, las cejas tan de gallego. Todavía se parecen en algo, pero de todas formas la Negra ya no es la de antes. Luciano casi no recuerda esa primera versión de su hermana. Están las fotos y los cuentos, es cierto, pero no es lo mismo. Incluso ahora, si tuviera que cerrar los ojos y reconstruirla de cero, la Negra que emergería sería la segunda Negra, la de Devoto. Esta tercera versión que está con él en la galería, sentada a su izquierda, mirándolo, ni siquiera compite. Se trata de una Negra todavía más ajena que las otras dos. A la edad de Luciano, ya trabajaba en la villa y seguía a aquel cura a todas partes. Ya militaba o estaba por empezar a hacerlo. Dos o tres años después vería morir a su novio en una emboscada y a continuación seguirían el secuestro, las noches de tortura, los años de cárcel. Una suerte para pocos, la cárcel, pero eso es un tema para otro momento. Nada que la Negra haya vivido a su edad, piensa Luciano, puede tener ni la más remota conexión con su propia historia. No se parecen en nada ni tienen experiencias en común. La Negra no lo vio crecer. No pudo ni tampoco quiso. Es mentira que la sangre tire siempre. A veces la sangre no sirve para nada.

–Julia.

—¿Qué, Lucho?

—¿Cuántos años tenés?

—Cumplo treinta y uno en abril.

—Mirá.

—¿Mirá qué?

—No importa.

—No, decime.

—Que me parece que ya es tiempo, nada más.

—¿Tiempo de qué?

—De que te busques un trabajo, de que te vayas a vivir sola. No sé, Julia: esas cosas.

—¿Y por qué...?

—Digo, ya estás grande. Andrés es más chico que vos y ya tiene un hijo.

—Andrés tuvo otra vida, Luciano.

—Y vos lo que tenés son treinta años, Julia. ¿Cuánto tiempo más pensás vivir con nosotros?

Luciano se echa para atrás y se queda así, despatarrado, ni un solo gesto en la cara que revele la mezcla de rencor y culpa que le está creciendo por dentro. Sentada en el borde de su sillón, la Negra está cruzada de brazos, inmóvil, empequeñecida. Ahora sí se están mirando el uno al otro. Ella parece a punto de decir algo, suspira, mueve apenas la cabeza en señal de negación. Voltea la cara para mirar el parque.

—¿Y Pedro?

La Negra se para y sale al pasto. Luciano se para también pero se queda en la galería, la mano en el hombro apretando el repasador, la camisa húmeda adherida al cuerpo. La Negra ya está dentro de la noche. Luciano la oye llamar al sobrino.

Entonces ve aparecer la figura diminuta, fantasmagórica, como de duende de leyenda pueblerina, que ingresa destartalada en la luz de noche. Es verla y empezar a correr. El repasador se desarma bajo la camisa, cae al pasto con los hielos. Es ver todo antes de que pase, también. El caminar de Pedrito a lo largo del borde, el paso en falso, el ruido de agua. La Negra emerge de golpe por una punta de la luz y sale por la otra. La segunda zambullida se oye mucho más fuerte que la primera. Mientras corre hacia la pileta, Luciano va distinguiendo las formas, la mano de ella agarrada al borde de ladrillo, hermana y sobrino abrazados en la superficie todavía revuelta. Los últimos metros los hace al trote. La Negra llora apenas mientras dice ya está, ya está, ya pasó. Lo de Pedrito es directamente un grito.

MEJOR RELATO MONEGRINO

El hechizo de Los Monegros

Fernando Claudín



Fernando Claudín

Ganador de diversos premios a lo largo de su trayectoria literaria, Fernando Claudín se ha dedicado sobre todo a la literatura infantil y juvenil, aunque también ha publicado novela policíaca e histórica. En concreto, este escritor madrileño que se califica autodidacta, ha publicado un total de diez obras.

El hechizo de Los Monegros

Fernando Claudín

Me has matado, hijo de puta, me dije, mientras le veía alejarse a todo gas en mi viejo Ford. El tipo no había dudado en dispararme. Me había sorprendido aprovechando que yo había bajado del coche para aliviar mi vejiga. Debía de estar agazapado entre los matorrales, aguardando a un incauto como yo. Lo sorprendente era que a estas alturas, encontrándonos a las puertas del cacareado 21 de diciembre del año 2012, que según los mayas marcaba el fin del mundo, hubiese todavía bandoleros como en los tiempos de Curro Jiménez. Aunque el tipo más que un forajido sugería un prófugo, por sus trazas desaliñadas y su rostro demacrado y ojeroso.

–No digas que te ha matado, si solo tienes una herida de nada –dijo una voz infantil.

Suspiré, apretándome la pierna izquierda. La bala había entrado en el bíceps femoral. La sangre no paraba

de empapar la pernera del pantalón. Aunque la verdad era que no había por qué alarmarse en exceso.

Me percaté de que a mi lado había una niña, mirándome con curiosidad. Tenía unos nueve años. Era increíblemente bonita y delicada. Su larga cabellera negra le caía por la espalda. Sus radiantes ojos de color esmeralda me sonrieron con complicidad.

La niña estaba desnuda. Miré sus piececitos descalzos, que se hallaban suspendidos a unos dos centímetros del suelo. Mi asombro se transformó en estupor al observar que la piel de la niña era de un color violeta pálido.

—Sé que no te duele —dijo, señalando la herida de mi pierna.

Era cierto, no me dolía. Ni siquiera había sentido dolor cuando el tipo me disparó. Guardamos silencio, sosteniéndonos la mirada, como dos bestiecillas del bosque que se reconocen.

—Sé para qué has venido a los Monegros —dijo la niña, con una seguridad pasmosa.

Recapacité. Me encontraba en los Monegros para buscar inspiración, puesto que había decidido ambientar mi siguiente novela en aquella comarca aragonesa, enclavada entre Zaragoza y Huesca, por su clima seco y semi-desértico y sus paisajes áridos, que en mi imaginario literario yo comparaba al mítico desierto almeriense donde se habían rodado tantas películas del Oeste.

—No lo sé. Dímelo tú —repliqué, intrigado.

—Has venido a conocerme a mí —dijo la niña, y me regaló una sonrisa, mostrándome sus dientes blancos como la nieve, una sonrisa que, inexplicablemente, me hizo sentir un escalofrío de ilusión en el pecho.

Asentí, caviloso. Desde luego era una buena razón, me dije.

–Supongo que tienes un nombre...

La niña volvió a sonreír, tomó un palo y escribió su nombre en la tierra.

Chiloé.

–Suená bien. Me gusta.

–Claro que te gusta. Ven, escritor.

Me tentó preguntarle cómo sabía que soy escritor, pero no me dio tiempo. Chiloé me tomó de la mano y juntos sobrevolamos la sierra de Alcubierre. Fue fantástico contemplar a vista de pájaro los Llanos de la Violada. Luego avistamos la localidad de La Almolda, cruce de caminos por antonomasia de los Monegros, cuya calzada romana en tiempos alcanzaba hasta Huesca y Jaca.

Chiloé danzó alegremente sobre la ermita de Santa Quiteria, donde Jimena y yo nos habíamos agarrado de la mano por primera vez, y sobre el castillo árabe, justo encima del recodo donde Jimena y yo nos habíamos dado el primer beso.

Nos detuvimos en el monte Oscuro, donde al llegar hacía mucho frío, aunque cuando nos sentamos el calor era sofocante.

–Me encanta pasar del invierno al verano –dijo Chiloé, en un tono de voz enigmático.

Nos dedicamos a otear el horizonte, cogidos de la mano. Resultaba embriagador sentir a mi lado la leve respiración de Chiloé y aspirar la fragancia terrosa de su piel. Al cabo de un rato vimos pasar, flotando en el aire, mi coche. Al volante del viejo Ford estaba el tipo que me había disparado en la pierna, con un cigarrillo

humeante en la boca y el brazo apoyado en la ventanilla. El tipo nos dedicó un guiño de asentimiento y giró el volante para dirigirse hacia la laguna de Sariñena.

Me encogí de hombros. Parecía estúpido pero debía reconocer que no me importaba en absoluto que el tipo que me había disparado en la pierna se esfumase por los aires en mi coche. Por alguna razón, aquello tenía sentido. Como también tenía sentido que yo estuviese allí, en lo alto del monte Oscuro, acompañado de Chiloé.

Mientras la tarde se nos echaba encima, recordé a mi amigo Pere, el científico loco. Pere era un enamorado de los Monegros. Por eso en el año 1999 había suscrito un manifiesto, junto a otros cuatrocientos noventa y nueve científicos e investigadores, entre los que se encontraba Jimena, para que la comarca fuese declarada zona protegida.

—Él también ha venido —dijo Chiloé, adivinando mis pensamientos.

En efecto, en ese momento observé que el bueno de Pere ascendía por una ladera del monte Oscuro, resollando, sudoroso. Iba ataviado con una gorra de béisbol, una camiseta de tirantes, bermudas con flores estampadas y sandalias, y llevaba colgando del cuello sus sempiternos prismáticos de excursionista.

Pere se detuvo a nuestro lado y se dejó caer entre Chiloé y yo. Resoplaba por el esfuerzo. Le corrían sendos regueros de sudor por las mejillas. La visera de la gorra de béisbol sombreaba sus vivaces ojos ratoniles. Pere tomó su cachimba, vació de ceniza la cazoleta, golpeándola contra una piedra, la volvió a llenar de aromático tabaco y se puso a fumar con delección.

–No esperaba encontrarte en los Monegros. Ha pasado mucho tiempo –dijo, melancólico.

–Doce años... La vez anterior que estuve aquí...

–... Conociste a Jimena.

Sí, Pere me la había presentado, entre otras cosas precisamente porque Jimena formaba parte del grupo de científicos e investigadores que firmaron el manifiesto. Pere había insistido mucho en que yo acudiese a aquella excursión colectiva encuadrada en la campaña que tenía como objeto publicitar en los medios de comunicación nacionales la comarca de los Monegros, que nunca había recibido la suficiente atención por parte de las autoridades.

Jimena. Su imagen se proyectó en mi pensamiento, provocándome una punzada de nostalgia. La sensación de pérdida me hizo revivir el vértigo de los primeros años, cuando su muerte pareció cortar para siempre el cordón umbilical que me unía a la realidad del mundo circundante.

En aquella época había llegado a creer que perdería el poco juicio que me quedaba y me volvería irremisiblemente loco, a tal punto me embargaba el desasosiego, pero Pere, mis padres y también el auxilio de las musas literarias, me ayudaron a sobreponerme lentamente.

Sin embargo ahora todo se me mostraba tan reciente y vívido como entonces.

Los Monegros habían resucitado a Jimena porque había sido allí donde brotó nuestro amor, ese amor que colmaba mis expectativas y me había elevado al cielo de mi realización personal como escritor, gracias a su inspiración.

–Te he traído algo –dijo Pere, entregándome una placa con un elegante marco dorado–. El manifiesto de los quinientos...

El manifiesto de los quinientos científicos e investigadores, entre los que se encontraban Pere y... Jimena.

Tomé la placa con mucho tiento y leí el manifiesto por enésima vez.

Manifiesto científico por los Monegros

Los Monegros son un ecosistema singular, maduro, único en Europa, cuya riqueza biológica ha demostrado ser excepcionalmente importante en términos cuantitativos y cualitativos. La biocenosis documentada de los Monegros sobrepasa las 5.400 especies biológicas, cifra superior a la conocida de cualquier otro hábitat nacional o europeo, presentando el mayor índice de novedades taxonómicas (nuevas especies para la ciencia) de toda Europa en lo que va de siglo, con un alto grado de endemismos y citas únicas para el continente y con numerosos ejemplos de distribuciones biogeográficas y adaptaciones ecológicas novedosas de enorme interés científico. No existe, con datos objetivos y contrastados, ninguna otra zona o espacio físico en nuestro territorio nacional, y tal vez en toda Europa, que pueda siquiera compararse a las singularidades, novedades, rareza y riqueza biológicas que hoy están documentadas científicamente de los Monegros.

Cuando terminé de leer el manifiesto, la placa de marco dorado se volatilizó entre mis manos como arena de playa cuyos granos fuesen chispas de luz violeta,

y comprobé que también Pere se había desvanecido. Chiloé estaba delante de mí, a horcajadas, deslizando con ternura las yemas de sus pulgares en mis mejillas para secarme las lágrimas.

–Vamos, no llores más.

Chiloé me tomó de la mano y nos pusimos en marcha.

Atravesamos un desierto de arañas. Yo no entendía por qué no podíamos sobrevolarlo, como habíamos hecho en la sierra de Alcubierre. Me resultaba francamente desagradable abrirme paso entre aquellas enormes arañas que me miraban desdeñosas al tiempo que emitían un zumbido sordo. Algunas arañas intentaban trepar por mis piernas y tenía que ahuyentarlas a manotazos. Chiloé, en cambio, no daba muestras de incomodidad. Se desplazaba por aquella maraña de arañas como pez en el agua.

De pronto Chiloé se detuvo y miró hacia atrás. Al ver que yo me había quedado rezagado y pugnaba con las insidiosas arañas para que dejaran de fastidiarme, se puso a cantar, y su dulce voz barrió a todas las arañas del desierto como un viento huracanado, hasta hacerlas desaparecer en el horizonte, allí donde el sol iniciaba su lenta zambullida hacia el ocaso.

Pere compareció brevemente para aplaudir a rabiar, como le había visto hacer en el Auditorio de Zaragoza para celebrar las bondades de *La muerte y la doncella*, de Schubert.

–Mejor ahora, sí, ya lo creo que sí –dijo Chiloé, y rompió a reír a carcajadas, mientras hacía simpáticas cabriolas por el desierto, que ahora se veía tranquilo y despejado.

La seguí como pude, tratando de olvidar que tenía una herida de bala en la pierna, una herida que en teoría debería impedirme caminar, aunque lo cierto era que no la notaba en absoluto, a pesar de la sangre que había impregnado la pernera del pantalón.

Al cabo de un rato, Chiloé me agarró de la mano.

–Vamos, que te he preparado una sorpresa –dijo, regalándome otra de esas sonrisas tuyas hechizadoras que me hacían sentir mariposas de ilusión en el pecho.

Salimos proyectados en el espacio, a la vez que yo me recreaba con el tibio contacto de su mano infantil, y con la fragancia de su piel, que ahora me olía a talco, y con el alegre gorjeo de su risa, que me hacía retroceder a mi propia infancia, a ese tiempo en que me maravillaba la simple visión del cielo en una tarde soleada.

–No estaría de más saber adónde me llevas, pequeña.

Chiloé soltó una risita, guiñándome un ojo.

–Vamos al Maratón de los Monegros. Seguro que te encanta.

Dicho y hecho. En un abrir y cerrar de ojos nos plantamos en un sitio muy concurrido donde había una pancarta gigante en la que ponía Maratón de los Monegros 2012. Chiloé se movía por todas partes como si hubiese estado allí mil veces. Yo me limitaba a dejarme llevar, permitiendo que ella me tirase irresistiblemente de la mano. Nos acercamos a un quiosco azul con forma de pagoda. Una mujer muy gorda y muy simpática, que iba en pijama y llevaba un gorro de dormir, nos entregó los dorsales, que tenían el mismo número, el 777. Luego recogimos el equipo de corredor, que incluía una mochila hidratante, un casco, unas gafas de sol, un teléfono móvil con batería y un anorak desplegable.

–Qué barbaridad, cuántas cosas –dije–. Yo no necesito el anorak y el teléfono.

–El teléfono es por si te quedas aislado en el desierto, y el anorak porque en los Monegros la temperatura baja mucho por la noche –dijo Chiloé, y yo tuve que conformarme, porque acababa de sonar un silbido muy agudo que señalaba el inicio de la carrera y en la línea de salida se armó un buen revuelo.

Había muchos participantes pedestres, como nosotros, pero otros iban en bicicleta, en patines, en monopatín, en triciclo, a caballo, en burro y hasta en camello. Había de todo, aunque estaban terminantemente prohibidos los vehículos de motor, según me informó Chiloé.

–Los organizadores del Maratón han endurecido las normas porque el año pasado se cometieron algunos atropellos –dijo, mientras adelantaba a un grupo de galgos blancos del tamaño de un gato.

Pere apareció fugazmente a mi lado, desplazándose sin tocar el suelo.

–Parece mentira que tengas una herida de bala en la pierna y estés corriendo un maratón –dijo, burlón.

Se me había olvidado la herida de bala. Miré la sangre que impregnaba la pernera del pantalón. Seguía sin sentir en absoluto la herida, aunque fuesen incuestionables la sangre y la bala alojada en el bíceps femoral.

–Vamos demasiado despacio –dijo Chiloé, en el momento en que nos adelantaban tres liebres que nos llegaban a la cintura, así que me esforcé en acelerar el ritmo, acompasándome a una familia de grandes

conejos blancos provistos de chistera y de una tartera que les colgaba del cuello.

El primer punto de avituallamiento sólido y líquido estaba en el Real Monasterio de Santa María de Sijena. Un grupo de religiosas muy amables de las Hermanas de Belén y de la Asunción de la Virgen ofrecían las vituallas a los corredores en el refectorio, la sala capitular y el claustro. En la plaza del monasterio había mucha gente distinguida, ataviada con atuendos de otra época, tomando un refrigerio. Me pregunté quién sería una mujer que destacaba por su porte aristocrático y sus ropajes suntuosos.

—Es Sancha de Castilla y de Polonia, reina consorte de Alfonso II de Aragón. Ella mandó construir este cenobio en el siglo XII —me susurró al oído la voz de Pere.

La reina, que estaba rodeada de ricos hombres aragoneses y de monjas hospitalarias, mandó llamar a Chiloé y se postró a sus pies.

—Bienaventurada seas, hija mía, porque tuyo es el reino de los cielos —dijo Sancha de Castilla y de Polonia, la reina consorte de Alfonso II de Aragón, y rompió a llorar, bañando con sus reales lágrimas los piecitos desnudos de Chiloé, que miraba con ternura a la reina y prodigaba consoladoras caricias a su regia testa.

—Bueno, ya está bien de efusiones sentimentales —dijo un personaje muy distinguido, secundado por lanceros, que resultó ser Jaime I, y se reanudó el Maratón de los Monegros.

—Me gusta esto de correr sin parar, un kilómetro detrás de otro —dije, sintiéndome feliz de estar allí, acompañado de Chiloé, que ahora se abría paso entre

una nube de discolas perdices doradas que refulgían como el oro.

Pensé que aquello era simplemente un sueño. Entonces vi pasar, sobrevolando el nutrido pelotón de variopintos corredores, mi viejo Ford, conducido por el tipo que me había disparado en la pierna.

Al advertir que Jimena estaba sentada en el asiento de copiloto del coche, al lado del tipo demacrado y ojeroso que se había llevado todo lo que yo poseía, el corazón se me encogió y me sentí desfallecer. Jimena no me quitó la mirada de encima mientras el viejo Ford atravesaba el horizonte, a escasos metros por encima de nuestras cabezas. Pero no estaba triste, como yo esperaba. Sus ojos brillaban, igual que el día en que yo la había conocido, allí, en los Monegros. Y me sonreía, complacida, como si, por alguna razón que yo ignoraba, se encontrase satisfecha de la vida.

Luego el viejo Ford, el tipo que me había disparado en la pierna y Jimena desaparecieron, y yo seguí corriendo al lado de Chiloé, que cantaba una alegre tonada infantil. Esto es increíble, me dije, suspirando, sin saber a qué atenerme, pues ignoraba si estaba soñando, si era víctima de una ilusión del pensamiento o si la realidad se había vuelto loca, así como a veces nos acontece a las personas.

En la Cartuja de Nuestra Señora de las Fuentes nos aguardaba un punto de avituallamiento especial, con fideuá, carne asada y antioxidante. A algunos corredores ya se les veía francamente agotados, aunque sonreían, satisfechos, celebrando su esfuerzo con cánticos y danzas regionales. Chiloé y yo fuimos recibidos, con mucho miramiento, por los condes de Sástago en persona, doña Beatriz de Luna y don Blasco

de Aragón, que nos condujeron al claustro, donde un rico mercader de Zaragoza estaba entregando las raciones de las vituallas a los monjes que iban saliendo de las celdas, para que las repartiesen entre los corredores.

En la capilla del Sagrario había cartujos dedicados al estudio, la lectura espiritual y la oración, dirigidos por el prior, que de repente dejaron lo que estaban haciendo y, arregazándose la sotana, se pusieron a repartir vituallas entre los corredores del maratón. Los cartujos que salían de la sala capitular se encargaban de las porciones de fideuá, los que acompañaban al dicharachero sacristán distribuyeron las de carne asada, y los procedentes de la hospedería se decantaron por el antioxidante.

–Hay un equilibrio cósmico en todas las cosas de este mundo, por pequeñas y banales que parezcan –filosofó la condesa, doña Beatriz de Luna, cuya hermosura y gentileza no me habían pasado desapercibidas.

–En efecto, querida. En todo se percibe la mano del Creador –convino el conde, don Blasco de Aragón, que, según me apuntó un cartujo de corta edad, era hombre devoto y muy dado a las reflexiones místicas.

Se estaba muy bien en la Cartuja de Nuestra Señora de las Fuentes, disfrutando de la fideuá, la carne asada, el antioxidante y la grata compañía de los cartujos y los condes de Sástago, pero había que seguir corriendo, porque quedaban muchos kilómetros de carrera.

Cuando por fin cruzamos la línea de meta, tras pernoctar en la orilla de la laguna de la Playa, Chiloé y yo recibimos sendos diplomas que nos acreditaban como los triunfadores del Maratón de los Monegros 2012.

–No me lo puedo creer. No tengo palabras. Ha sido la experiencia más increíble de mi vida –declaró Chiloé, visiblemente emocionada, al reportero que nos entrevistó, micrófono en mano, al finalizar la entrega de premios, y yo me limité a sonreír como un tonto a las cámaras cuando el reportero me interpeló por el origen de la sangre que impregnaba la pernera de mi pantalón, porque no consideraba prudente presumir de haber ganado el Maratón con una herida de bala en la pierna.

Fue en ese momento cuando se me ocurrió pensar que tal vez, por alguna incognoscible razón, me encontraba en el interior de una película, una especie de tragicomedia, o peor aún, en una de mis surrealistas novelas, acaso porque la novela me hubiese abducido traicioneramente, pero no pude ahondar en esas ideas, ya que Chiloé tenía prisa por salir de allí corriendo, aunque el Maratón ya había terminado.

–No puedo imaginarme adónde quieres ir ahora –dije, en un tono de ligera protesta, porque la verdad era que me apetecía disfrutar un poco más de las mieles del éxito.

–Nos espera el Monegros Desert Festival –replicó Chiloé, dedicándome una de sus hechizadoras sonrisas.

–Y eso se supone que es...

–... el mejor festival de música electrónica del mundo. Es una pasada, ya lo verás. Mola mazo.

–De acuerdo. Como tú digas, pequeña. Seguro que mola mazo –convine, a regañadientes, y acto seguido Chiloé me tiró de la mano y llegamos al festival de marras, que estaba entre las poblaciones de Candasnos y Fraga.

Fue edificante encontrar a toda aquella gente joven reunida en el desierto de los Monegros.

–Vamos a mover el esqueleto –dijo Chiloé, y así lo hicimos.

Bailamos sin parar durante veinte horas la música electrónica del Monegros Desert Festival. Me dejé llevar por ritmos que yo desconocía por completo, de nombres tan raros como hip-hop, drum and bass o minimal. También los artistas presentes respondían a rebuscados nombres como The Prodigy Wu Tang Clan, Strelife & Dj Mathematics, 2manydjs, Billx Vs Floxytek, Caspa & MC Rod Azlan, Dope D.O.D., Loco Dice, The Advent vs Industrialyser, Underdogz vs Motormorfoses o Violadores Del Verso.

Cuando acabó el festival, un vigilante de seguridad nos abordó con descaro.

–Eh, vosotros no habéis pagado los sesenta pavos de la entrada –dijo, poniendo cara de malas pulgas.

Chiloé sonrió candorosamente a modo de réplica. Cuando el vigilante le devolvió la sonrisa, me percaté de que en realidad era el tipo que me había disparado en la pierna.

–Desconfía de todo lo que veas y oigas aquí –me advirtió la voz de Pere.

En ese instante apareció mi viejo Ford, en medio de aquella multitud de jóvenes extenuados por el baile que empezaban a dispersarse, y frenó en seco delante de nosotros, haciendo que rechinasen los neumáticos. No me lo podía creer. Jimena iba al volante.

Jimena se apeó del coche. Estaba preciosa. Llevaba zapatos de aguja. Su vestido rojo de noche de falda corta descubría sus impresionantes muslos hasta límites

que me cortaron la respiración. El flequillo y los bucles de su larga cabellera negra le caían sobre el rostro y los hombros desnudos, confiriendo a su rostro un aire rebelde y procaz.

Me sonrió con complicidad, y hubo un momento de estupor entre los presentes.

–Me gustaría saber qué pasa aquí –no pude dejar de decir.

–Es muy sencillo –dijo Chiloé, tomándome la mano con ternura.

–Sí, la vida es mucho más sencilla de lo que creemos –convino Jimena–. Verás, Mateu, ella es tu hija, nuestra hija, la hija que yo llevaba en el vientre hace nueve años, cuando este hombre me quitó la vida.

Observé al tipo que me había disparado en la pierna.

–Él fue quien me atropelló hace nueve años –añadió Jimena, al comprobar que yo dudaba.

Me asaltó una furia descontrolada. Sentía la tentación de arrojarme sobre el tipo que me había disparado en la pierna para estrangularle, puesto que me había pasado nueve años obsesionado con la idea de encontrar al desconocido que se había dado a la fuga cobardemente tras atropellar a Jimena.

–No te alteres, Mateu –se apresuró a decir Jimena–. Él está muerto, como yo. Se le paró el corazón al poco de atropellarme.

Me quedé de piedra.

En ese caso también ella está muerta –dije, mirando desolado a Chiloé.

La niña me apretó la mano con su delicada manita infantil y por toda explicación me sonrió, aunque

su sonrisa estaba tan cargada de magia y de grávida certidumbre que me llenó de paz.

Entonces me desperté en mi cama rica y comprendí que todo había sido un sueño, un simple sueño. Poco después Pere me presentó a Jimena, en aquella excursión a la que acudieron algunos de los científicos e investigadores que habían firmado el manifiesto, Jimena y yo nos casamos, tuvimos a Chiloé y llegó un día en que mi hija y yo participamos en el Maratón de los Monegros.

Hoy Chiloé es una adolescente llena de vida, que necesita menear el esqueleto para desfogarse. Por eso la semana pasada la invité al Monegros Desert Festival.

Jimena, mi Musa, se encuentra estupendamente. A diario me prodiga su penetrante inteligencia y su exquisita sensibilidad, en nuestra casa familiar, que está situada en esta sugerente comarca que alumbró nuestro amor.

Mi amigo Pere, que goza de buena salud, a pesar de ser un fumador empedernido, viene a visitarnos de vez en cuando, y nos regala su erudición y su contagioso buen humor.

En cuanto al tipo que en el sueño atropelló a Jimena y me disparó en la pierna, en la realidad resultó ser un antiguo amante despechado de mi mujer, de modo que yo, hallándome sobre aviso respecto a sus aviesas intenciones, merced a la inspiración onírica, no dudé en presentarle a mi colega Carolina, una escritora de armas tomar, con la que el examante de Jimena hizo buenas migas, a Dios gracias, lo cual le permitió cerrar la herida supurante de su corazón, y con ello evitamos

males mayores, porque a veces los sueños no son tan premonitorios como creemos, y comadorean por la noche en el magín de nuestro inconsciente con el propósito de enmendar la plana a la realidad.



Los Monegros
CONSEJO COMARCAL